

DIARIOS Y DIVERSIFICACIÓN DE LA LECTURA EN LA ETAPA REPUBLICANA

El tiempo de los impresos y el tiempo de la escritura: almanaques y calendarios del siglo XIX en el Río de La Plata

*The temporality of prints and the time for writing:
19th century almanacs and calendars in Río de La
Plata*

Dra. Lucía Pose

Lucía Pose es profesora y licenciada en Letras por la Universidad Nacional de La Plata, donde se encuentra cursando estudios de doctorado. Sus principales líneas de investigación son la literatura argentina del siglo XIX, la prensa periódica rioplatense y la expansión de los públicos lectores en el largo siglo XIX.

ORCID: <https://orcid.org/0009-0003-7093-9507>

Contato: luciabpose@gmail.com
Argentina

Recebido em: 30 de julho de 2024

ACEITO EM: 8 de setembro de 2024

PALABRAS-CLAVE:
Almanaques; Prensa; Siglo XIX; Lectores; Escritores comunes.

Resumen: La popularización de almanaques y calendarios fue un fenómeno que caracterizó a la cultura impresa del siglo XIX: fueron objetos de uso cotidiano que solo en los últimos años comenzaron a formar parte de las investigaciones en torno a las publicaciones periódicas decimonónicas. A partir del relevamiento de un corpus limitado de almanaques rioplatenses, exploramos el cruce de temporalidades, la materialidad de los impresos y la práctica de apropiación por parte de sus lectores, que dejaron marcas, anotaciones y reflexiones en sus páginas. Los almanaques y calendarios se constituyen como impresos privilegiados para observar las transformaciones técnicas, los vaivenes políticos y el viraje en la cotidianidad de un público lector cada vez más diversificado. El análisis de los puntos de fuga, las novedades y las grietas en un tipo de impreso de larga duración fuertemente asociado a convencionalismos genéricos nos permite apreciar los quiebres y las continuidades en la vida diaria de los lectores comunes.

KEYWORDS: Almanacs; Press; 19th Century; Readers; Ordinary Writers.

Abstract: The popularization of almanacs and calendars was a phenomenon that characterized printed culture in the 19th century. They were an everyday element that only in recent years began to capture the interest of researchers. Based on the survey of a limited corpus of almanacs published in Río de la Plata, we explore the intersection between temporalities, the materiality of the prints, and the practice of appropriation by their readers —people who left marks, notes, and reflections on their pages. Almanacs and calendars are privileged printed materials for observing technical transformations, political ups and downs and the shifts in the daily life of an increasingly diverse reading public. The analysis of the changes and permanences in this type of long-lasting printed material —strongly associated with generic conventions— allows us to appreciate the novelties and continuities in the daily life of ordinary audiences.

INTRODUCCIÓN

En el *Almanaque para el año de 1829*¹, redactado en Buenos Aires por J. C. y salido a la luz por la Imprenta del Estado, nos encontramos, en la página del calendario correspondiente a diciembre, con una anotación manuscrita en tinta negra: a la derecha del santoral, junto al usual “13. Dom. Santa Lucía, virgen y mártir”, alguien escribió “Dorrego murió” (Ilustración 1). El impreso no espera la escritura, no le da lugar. El o la escribiente tuvo la fortuna de que para el 13 de diciembre no había en agenda témporas ni misas obligatorias que ocuparan los pocos blancos de la página. Aprovechó el casual espacio y dejó un recordatorio, completó la información que el calendario proveía. Dorrego, gobernador de Buenos Aires y líder del federalismo había sido fusilado el 13 de diciembre de 1828. Si bien el almanaque no explicita en su portada el año de impresión podemos asumir, a partir de la práctica generalizada de impresión de publicaciones de carácter anual, que el almanaque o bien se imprimió antes de finalizar el año 1828 o inmediatamente después. No tiene la firma del propietario (práctica no demasiado extendida que, si tenía lugar, lo hacía en la cara interna de la portada), por lo que no conocemos la identidad del o de la comentadora. En un salto de fe asumimos que la fecha de la escritura coincide con la del calendario, 1829, pero ninguna de las anotaciones en calendarios y almanaque que hemos hallado aparece fechada. La de los márgenes de almanaque y calendarios es una escritura privada, íntima, personal, emparentada con la escritura de diarios íntimos o correspondencias,

¹ *Almanaque para el año de 1829, Vigésimo de Nuestra Libertad, arreglado al meridiano de esta ciudad de Buenos Aires*, Museo Histórico Nacional, MHNA00002748.

pero diferenciada intrínsecamente en un aspecto: la temporalidad. Partimos de que la escritura y el uso de almanaques están fechados, pero anualmente. A diferencia de las entradas de diarios y de la escritura epistolar, esribientes y lectores de almanaques dan por sentado que el uso de estos impresos tiene una doble cualidad temporal que encuentra sentido en su aparente incompatibilidad: es tan diaria y cotidiana como anual.

Esa cualidad temporal, la de ser de uso cotidiano y tener vigencia anual, ha permitido la conservación de un gran número de almanaques y calendarios del siglo XIX rioplatense. La Biblioteca Nacional, la Biblioteca de la Universidad Nacional de La Plata y la Biblioteca del Museo Histórico Nacional, sin ir más lejos, conservan en sus acervos un número elevado de estos impresos, aunque no estén reunidos genéricamente en fondos de consulta específica. Como fuentes históricas y compendios de información relativa a la modernización de las ciudades latinoamericanas, a la composición de las administraciones públicas y al progresivo crecimiento de las secciones de variedades y misceláneas, los almanaques y calendarios —especialmente de Buenos Aires— han comenzado a ser objeto de estudios de la historia cultural, así como de los estudios literarios y de la cultura visual; sin embargo, es largo el camino aún inexplorado, especialmente cuando se trata de aproximaciones desde su materialidad, considerándolos soportes privilegiados para la formación de lectores y ciudadanos de las nuevas repúblicas. En sintonía, el análisis de las apropiaciones que lectores y lectoras hicieron de estos impresos —que, si se proponían acercar nuevos públicos a la lectura, no *esperaban* ser intervenidos por escrituras ordinarias (Lyons 2016)— puede ofrecernos algunos indicios sobre las

prácticas específicas de los lectores comunes del siglo XIX, así como sobre la progresiva expansión de la escritura cotidiana.

po h. m.	DICIEMBRE TIENE—31 DIAS.
7 4	Santa Natalia, viuda.
7 5	Santa Biviana, virgen y mártir.
7 5	San Francisco Javier.
7 5	Cuarto ere. à las 2 y 37 m. de la tarde, en Taurus.
7 5	Santa Bárbara, virgen y mártir.
7 6	San Pedro Crisólogo, ob. y doctor san Sabas, abad.
7 6	San Nicolas de Baris, obispo. 40 horas en su iglesia.
7 6	San Ambrosio, obispo y doctor.
7 7	†† La concep. de N. S. pat. ^{na} de la América. 40 horas en su iglesia y San Francisco.
7 7	Santa Leocadia virgen y martir.
7 7	Nuestra Señora de Loreto y santa Eulalia.
7 8	Luna llena à las 9 y 41 m. de la mañana, en Leon.
7 8	San Damaso, papa y san Daniel.
7 8	Santa Olalla, virgen y mártir.
7 8	Santa Lucia, virgen y martir.
7 9	San Nicacio, obispo.
7 9	San Eusebio, mártir.
7 9	San Valentín, mártir.
7 9	San Lázaro, obispo.
7 9	Tempora.
7 9	Timpana.

Ilustración 1: Almanaque para el año de 1829, Vigésimo de Nuestra Libertad, arreglado al meridiano de esta ciudad de Buenos Aires.”

Este acercamiento a los almanaques y calendarios rioplatenses del siglo XIX y la observación de un número más o menos reducido de impresos — dando como resultado el análisis de un corpus no del todo representativo —, parte de una decisión metodológica y práctica: la elección de almanaques depende de su disponibilidad en papel en algunas de las bibliotecas públicas del área Buenos Aires-La Plata. El giro digital ha posibilitado el acceso a un sinnúmero de publicaciones que, de no haber mediado el escáner, nunca

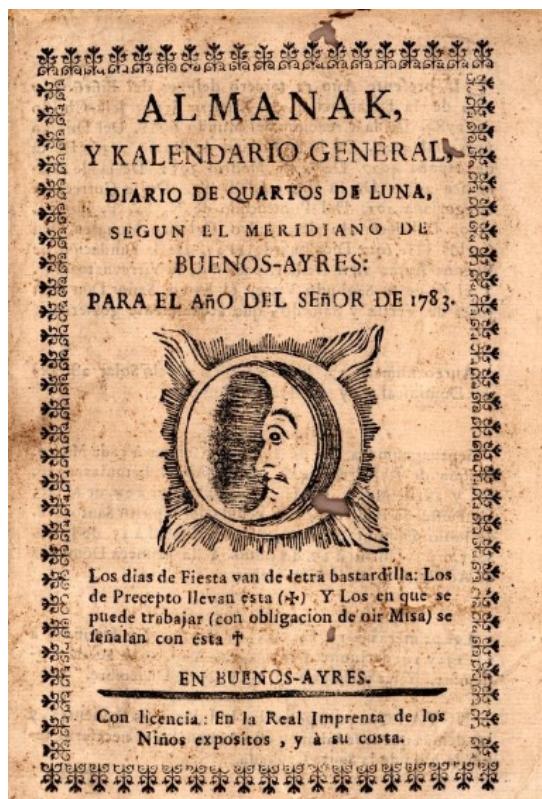
habríamos podido conocer; sin embargo, para este corpus específico, la limitación a impresos de acceso en papel responde a una razón muy particular: hay elementos que las fotografías o escáneres todavía no reproducen con exactitud. Hay marcas gráficas que solo pueden ser recuperadas en su materialidad original: entre ellas las marcas manuscritas que a veces son ilegibles a primera vista, que muchas veces están escritas con lápices que escapan al lente, que desafían los márgenes y tienen lugar en los puntos ciegos de la encuadernación. El corpus a partir del cual se analizará la temporalidad de los almanaques y su injerencia en el desarrollo de la lectura y escritura cotidianas se compone de alrededor de 25 impresos que tienen en su título, invariablemente, las palabras “almanaque”/”almanak y/o “calendario” y que fueron publicados en la región del Río de la Plata entre 1820 y 1870. De esos 25 impresos que finalmente conforman este corpus, 15 contienen anotaciones manuscritas: firmas, aclaraciones, números, poemas, agregados, dibujos, comentarios. Usos esperados y apropiaciones inesperadas tienen lugar sobre el papel. Cuando llega a manos de sus lectores, el almanaque ordena la vida civil de las ciudades, informa a los fieles de las festividades religiosas, ofrece a las familias material de lectura —no siempre amena—, enseña a curar la constipación o a plantar rosas, a partir de la década de 1860 se encarga de publicitar nuevos objetos de consumo mediante avisos: con esos fines sale a la luz y entra a los hogares. Pero, una vez cumplido el objetivo de los redactores y editores, se abre a otra vida posible: los almanaques que observamos en las bibliotecas rioplatenses son, además, material de escritura, soporte de la intimidad, espacio para la práctica de una escritura introspectiva.

ALMANAQUES E IMPRESOS COTIDIANOS EN BUENOS AIRES

La primera imprenta rioplatense, llegada a Buenos Aires en 1780, parece haber lanzado su primer almanaque pocos meses de su arribo: Guillermo Furlong registra, en su historia y bibliografía de la imprenta porteña, el título *Almanaque y Kalendario General diario de cuartos de luna, según el meridiano de Buenos Aires — Año de 1781* (1953, p. 473-474). En este calendario, asegura el bibliógrafo, se imprime la primera lámina del taller de los Niños Expósitos: una “Luna grande” ilustrada por Pedro Carmona (*op. cit.* Ilustración 2²). Desde el comienzo de su historia, los almanaques se perfilaban, por un lado, como soportes para la experimentación formal y la introducción de los adelantos materiales de la imprenta y, por el otro, como mediadores y plataformas para la expansión de la cultura impresa. El caso rioplatense no es excepcional: en el tiempo que separa la “Luna grande” de las ilustraciones y litografías que cubren las páginas de los almanaques a partir de la década de 1870, vemos desandarse un largo camino donde el desarrollo de las técnicas de reproducción se cruza con la emergencia de nuevos públicos. Observar en la larga duración las modificaciones formales y temáticas de los almanaques puede ser, entonces, una manera de indagar en la historia cultural y de los medios que ponga el eje en el elemento más reconocible de las guías del tiempo: la convivencia de lo permanente y lo mutable.

² *Almanak y kalendario general, diario de quartos de luna, según el meridiano de Buenos-Ayres: para el año del Señor de 1783*, John Carter Brown Library, disponible digitalizado en: https://archive.org/details/almanakykalendar00unkn_0/mode/2up.

Ilustración 2: Portada del Almanak y Kalendario general diario de quartos de luna, según el meridiano de Buenos-Ayres: para el año del Señor de 1783, que reproduce la “Luna grande” presente ya en el primer calendario impreso en Buenos Aires.



Con la atención puesta en las guías de forasteros y las guías de la ciudad, Lina Cuéllar Wills asegura que “su producción sistemática a lo largo de un siglo en muchos de los países hispanoamericanos (entre los

que se cuentan México, Perú, Colombia, Cuba y Argentina) muestra que fueron un producto permanente y rentable en el mercado de los impresos durante el siglo XIX" (2014, p. 178). La conservación de un gran número de almanaques porteños de ese período, almanaques impresos en distintos talleres (Imprenta de los Niños Expósitos, del Estado, de la Independencia, 9 de Julio, etcétera) con epítetos bien diferenciados (pintorescos, ilustrativos, curiosos, históricos, comerciales) y fines específicos explicitados por sus redactores (instruir, informar, entretenir) nos invita a extender la definición de Cuéllar Wills a los almanaques y calendarios: tuvieron un mercado, fueron impresos no sólo de relativa larga duración (en contraposición a los *ephemera* más clásicos que, como el periódico o las hojas sueltas, tienen en principio un solo uso y pueden desecharse a la primera lectura) sino también de extendida difusión. Desconocemos tanto las tiradas de los almanaques que se conservan como los modos de difusión por fuera de las oficinas de redacción y los talleres de imprenta; a diferencia de la prensa más tradicional, son pocos los almanaques en que los redactores han dejado registro del número de ejemplares o de ediciones. En algunos casos, los indicios del éxito parecen desplegarse en la continuidad de empresas, como la de J. J. M. Blondel —que entre las décadas de 1820 y 1830 imprimió calendarios breves durante al menos 5 años³—, o bien aparecen en vinculación con periódicos de circulación más o menos extendida, como los tempranos almanaques de los talleres

³ Los cinco títulos de J. J. M. Blondel que forman parte de este corpus corresponden a los años 1826, 1829, 1830, 1833 y 1834.

de la *Gaceta Mercantil* o, más tarde, de la imprenta del Siglo o de *La Nación*. En todo caso, por su naturaleza de *patchwork* (Lüsebrink citado en Szir 2018, p. 69), los almanaques y calendarios raramente estuvieron asociados al nombre de un redactor específico y parecen haber cosechado su éxito editorial a partir de una apuesta temática y visual que, con el desarrollo del siglo XIX, fue apuntando cada vez más hacia la instrucción de nuevos públicos urbanos.

Afirmar que almanaques y calendarios han compartido la suerte de las guías de forasteros y guías de la ciudad no iguala, sin embargo, la naturaleza de estos impresos, aunque los puntos de contacto sean múltiples. La distinción temática y formal entre guías de forasteros y almanaques resulta necesaria: no son impresos intercambiables, aunque muchos almanaques y calendarios contengan apartados titulados “Guía de forasteros” y muchas guías de forasteros se valgan de algunas de las secciones propias de los almanaques. Se trata de impresos que responden a distintos objetivos: los almanaques se presentan como “guías del tiempo” que pueden constituirse (o no) como compendios de conocimientos útiles de una amplia gama de saberes que pueden incluir guías espaciales de la ciudad, información administrativa y comercial. Las guías de forasteros (así como las más tardías guías de la ciudad⁴) son, por su parte, “textos esquemáticos y escritos a priori para comunicar, entre otras cosas, una forma de ordenamiento

⁴ Con excepción de la guía de J. J. M. Blondel mencionada por Sergio Pastormerlo (2024) —el *Almanaque político y de Comercio para 1826*—, las guías de la ciudad de Buenos Aires comienzan a publicarse en el último tercio del siglo XIX.

y funcionamiento de una ciudad o un país a un público amplio, foráneo o local” (*op. cit.* 177). La diferencia apunta a la dimensión a la que los textos dan prioridad: la espacial/administrativa o la temporal. En su materialidad, guías y almanaques suelen tener en común sus dimensiones —tienden a estar impresos en octavo y ser más extensos que los clásicos calendarios de 16-18 páginas—, pero también la forma de estructurar la información en secciones diferenciadas con subtítulos o clichés (“Epochas célebres”, “Itinerario de postas”, “Instrucciones populares”, “Variedades” en el caso de los almanaques; dependencias del estado provincial y sus miembros, listados de profesionales y comerciantes de la ciudad en el caso de las guías de forasteros) y un irremplazable sentido de organización: tanto guías como almanaques parten de la necesidad de ordenar la información disponible, de esquematizar las novedades de la modernidad urbana y funcionar como puntos de convergencia de los saberes necesarios para la convivencia en sociedades cada vez más fluctuantes.

Podemos decir que los almanaques son, ante todo, impresos útiles. Sirven para ordenar el tiempo, a veces para ordenar la ciudad, en muchas ocasiones para instruir a sus lectores en la convergencia entre saberes tradicionales y saberes modernos. Comparten con los impresos de carácter enciclopédico y educativo el papel de libros de referencia de consulta diaria (Meise 2005), pero con una salvedad genérica que los coloca en el mismo escalafón que los impresos periódicos: una renovación anual que, en consecuencia, los vuelve, en el siglo XIX, testigos de las transformaciones de la modernidad urbana. Como afirma Helga Brandes (2005),

una característica del calendario es su orientación didáctica. Hace preguntas que luego son respondidas en detalle. Los índices subrayan la función del calendario como obra de referencia cuyo objetivo es proporcionar a los lectores conocimientos generales. La intención no es leer el calendario una vez, sino utilizar la obra repetidamente, en el sentido de un compendio⁵ (2005, p. 60).

En uno de los pocos almanaques de nuestro corpus donde el redactor anónimo se toma el trabajo de explicitar sus objetivos, leemos:

[e]l almanaque es el libro más popular y necesario. Necesitan de él todas las familias, y todas las personas que saben leer. Por esta razón, los hombres amigos de la instrucción de sus semejantes, han tratado de perfeccionar este pequeño libro, añadiéndole á mas de las materias esenciales, algunas noticias y conocimientos útiles. La madre de familia, el niño, el trabajador, todos los ciudadanos en fin, al tomar en la mano el almanaque cada mañana para saber la fecha y sus obligaciones de cristiano, pueden emplear algunos minutos recorriendo sus páginas⁶.

Por su carácter de libro de consulta diaria, el almanaque parece haber tenido un papel más significativo del que históricamente se le ha adjudicado para la expansión de la cultura impresa y la lectura como práctica cotidiana de los sectores medios urbanos.

5 En el original: "Ein Merkmal des Kalenders ist seine didaktische Ausrichtung. Er stellt Fragen, die dann ausführlich beantwortet werden. Die Funktion des Kalenders als Nachschlagewerk, das den Lesern Allgemeinwissen vermitteln will, wird durch die Register unterstrichen. Nicht das einmalige Durchlesen des Kalenders, sondern der wiederholte Gebrauch des Werks —im Sinne eines Kompendiums— ist beabsichtigt". Traducción nuestra.

6 *Almanaque Nacional [de la] Confederación Argentina para los años de 1855 y 1856. Primera parte.* Biblioteca de la Universidad Nacional de La Plata, Salas Museo, Arm. 9, T. 3., F. 2, nº2.

En la introducción de este trabajo habíamos mencionado que los almanaques y calendarios que conforman este corpus parecen haber tenido dos vidas útiles: por un lado, la de los usos esperados, vinculados con la ordenación temporal del mundo y la inscripción de las familias en la contemporaneidad eclesiástica, natural y civil de las sociedades en que se imprimieron y, por otro lado, una segunda vida, inesperada: la apropiación (Ginzburg 1976; de Certeau 1984; Chartier 1988; Lyons 2012) por parte de unos lectores que dejaron huellas del uso en las páginas de los impresos. A continuación, nos ocuparemos de aquella primera vida útil que redactores y editores proyectaron sobre sus impresos.

Como guías del tiempo, los almanaques debían informar los días de misa y de fiestas religiosas o civiles al tiempo que daban un panorama más amplio de la ordenación temporal del mundo. Godinas *et al* mencionan que

[u]na característica fundamental de los almanaques era que servían como directorios temporales de los acontecimientos presentes y venideros de una comunidad y, en ese sentido, no sólo instruían a sus lectores, sino que también guiaban a la sociedad, convirtiéndose en lo que Jean-François Botrel llama instrumentos elementales de aprendizaje de la institución social del tiempo (2024, p. 10).

Como impresos fuertemente ligados a una tradición genérica, año a año, en distintos talleres, en ciudades distantes y compuestos por diferentes redactores, se daba lugar a papeles virtualmente idénticos que replicaban ciertas secciones casi sin modificaciones: al abrir un almanaque —más allá de la naturaleza instructiva, curiosa, comercial, política o pintoresca

que esté explicitada en el título—, nos encontramos con dos secciones prácticamente obligadas que, en su continuidad casi sin sobresaltos, abren la puerta a un número muy escueto de modificaciones. Hablamos de dos secciones ligadas a lo temporal: casi la totalidad de los almanaques y calendarios se inauguran con una ordenación del tiempo eclesiástico a la que sigue —no sin filtraciones y puntos de convergencia— la ordenación del tiempo vital, representada por el calendario gregoriano que suele estar atravesado por la temporalidad natural del ciclo de estaciones y cosechas y por referencias astrológicas. En este punto resulta importante aclarar que como impresos *porosos*, según la descripción de Susanne Greilich (2005) a propósito de los *Volksalmanache* de la tradición germana, cualquier delimitación entre temporalidades y naturalezas responde más a tendencias y prácticas extendidas que a divisiones tajantes sin puntos de fuga; los almanaques son impresos heterogéneos y plurales (Szir 2018) y, como ya hemos adelantado, funcionan como soporte para la convivencia y la convergencia de los saberes tradicionales con el progreso de la técnica, la ciencia y el comercio urbano.

A sabiendas de que entre almanaque y almanaque es posible registrar variaciones y especificidades, en general podemos decir que la guía del tiempo eclesiástico está compuesta en su mayor parte por las “Témporas” (los días de oración para santificar las cosechas), las “Épocas célebres” —que ubican en la misma línea temporal eventos como la creación del mundo o el diluvio universal con la fundación del Río de la Plata o la Independencia—, y las “Fiestas móviles” (como el miércoles de ceniza o

la pascua). Esta página, ausente solo de los breves calendarios y guías de forasteros de 16-18 páginas (como las de J. J. M. Blondel), introduce la necesidad de renovación anual del impreso: si la sección se repite año a año, la movilidad de las celebraciones obliga a la actualización y explica la duración útil del almanaque, que se hará más evidente en la sección subsiguiente, el calendario anual. Si hoy la noción de duración temporal específica para un impreso como el almanaque nos parece evidente, durante un período en que la circulación de materiales impresos era más reducida —y su disponibilidad al interior del hogar era todavía menor—, los almanaque ofrecían a sus lectores la posibilidad de “inscribirse y proyectarse en el tiempo astronómico, religioso y civil, el tiempo para todos al mismo tiempo que el tiempo apropiado por cada uno, para sí o su familia” (Botrel 2014, p. 34-35).

Mediante la reinscripción anual en un tiempo compartido, los y las lectoras de almanaque se proyectaban en una vida común, en un espacio compartido: todas las familias porteñas a las que llegara el calendario para 1829 sabían, por ejemplo, que el miércoles 4 de noviembre, Santa Catalina, debían concurrir a la Iglesia de la Merced⁷. A propósito de este calendario, el mismo donde un lector o una lectora dejó consignada la ya mencionada muerte de Dorrego, existen dos ejemplares en el Museo Histórico Nacional y ambos tienen comentarios manuscritos. A partir de estos impresos y las apropiaciones realizadas por sus lectores, podemos

⁷ *Almanaque para el año de 1829, Vigésimo de Nuestra Libertad, arreglado al meridiano de esta ciudad de Buenos Aires*, Museo Histórico Nacional, MHNA00002748.

acercarnos a la naturaleza de la segunda sección obligatoria de almanaques y calendarios: la ordenación gregoriana del tiempo, es decir, la división en meses, estaciones y signos zodiacales. En el almanaque que describimos brevemente al inicio de este trabajo, la inscripción de su propietario o propietaria de carácter histórico, sin embargo, a la necrológica del gobernador se le suma otra: en el margen inferior de la última página se consigna la muerte, también, de “Dionisio Benjamín el jueves 3 de octubre”. Al tiempo propuesto por el calendario se añade, a fuerza de la pluma, el tiempo civil y el tiempo familiar de quien juzgó que estas necrológicas eran dignas de ser incorporadas a las páginas de su almanaque. El otro ejemplar de este impreso nos ofrece dos inscripciones igualmente significativas para indagar en la temporalidad de los almanaques: en la sección “Calendario”, en la página correspondiente al mes de enero, alguien dejó consignado, en el margen superior y en tinta negra: “Principia el año [-] de las 12 de la noche del día 31 de D. de 1828” y, en el margen inferior del último mes del calendario: “365 días tiene este año hasta las 12 de la noche del 31 de D. de 1829”⁸.

Sandra Szir nos previene, a propósito de los usos de las guías del tiempo, que existieron almanaques que dejaban hojas en blanco entre página y página, invitando a la escritura —pero, nos dice, “no es el caso de los nuestros” (*op. cit.* 69). Podemos afirmar que tampoco aplica para el corpus que estamos analizando: como podemos ver en las ilustraciones 4 y 5 —y

⁸ “Almanaque para el año de 1829, Vigésimo de Nuestra Libertad, arreglado al meridiano de esta ciudad de Buenos Aires.” Museo Histórico Nacional, MHNA00011586.

observamos también con el comentador necrológico (ilustración 1)—, el lector que toma nota acerca del inicio y del fin del año gregoriano debe usar los márgenes superiores e inferiores del impreso. Los almanaques y calendarios que esperan la escritura le dan lugar, le ceden blancos. Los impresos que, por el contrario, esperan una comunicación unilateral, se extienden en los márgenes y ocupan tanto espacio como sea necesario. Sin embargo, la iniciativa de los lectores aparece aun cuando no es estimulada y, como en el caso de los almanaques con *Schreibfunktion* o los calendarios que prevén la escritura, “conecta[n] dos medios diferentes entre sí y gestiona[n] su intercambio, su comunicación entre sí: el orden de lo impreso y el orden de lo manuscrito”⁹ (Meise *op. cit.*, p. 6). En la inscripción de la propia subjetividad familiar, en el ejercicio de la pluma y en la necesidad de agregar información a lo presentado por el impreso, los lectores y las lectoras de almanaques y calendarios imponen su propia temporalidad y negocian un tiempo compartido —impreso— en el tiempo de su intimidad —manuscrita—. En una segunda vida posible, los lectores de almanaques se apropián de los pocos blancos disponibles y dejan huellas de su uso.

9 En el original: “Er garantiert nicht nur die bloße Vermittlung von Informationen, sondern koppelt gleichzeitig zwei verschiedene Medien aneinander und bewerkstelligt ihren Austausch, ihre Vermittlung miteinander, Druck und Handschrift”. Traducción nuestra.

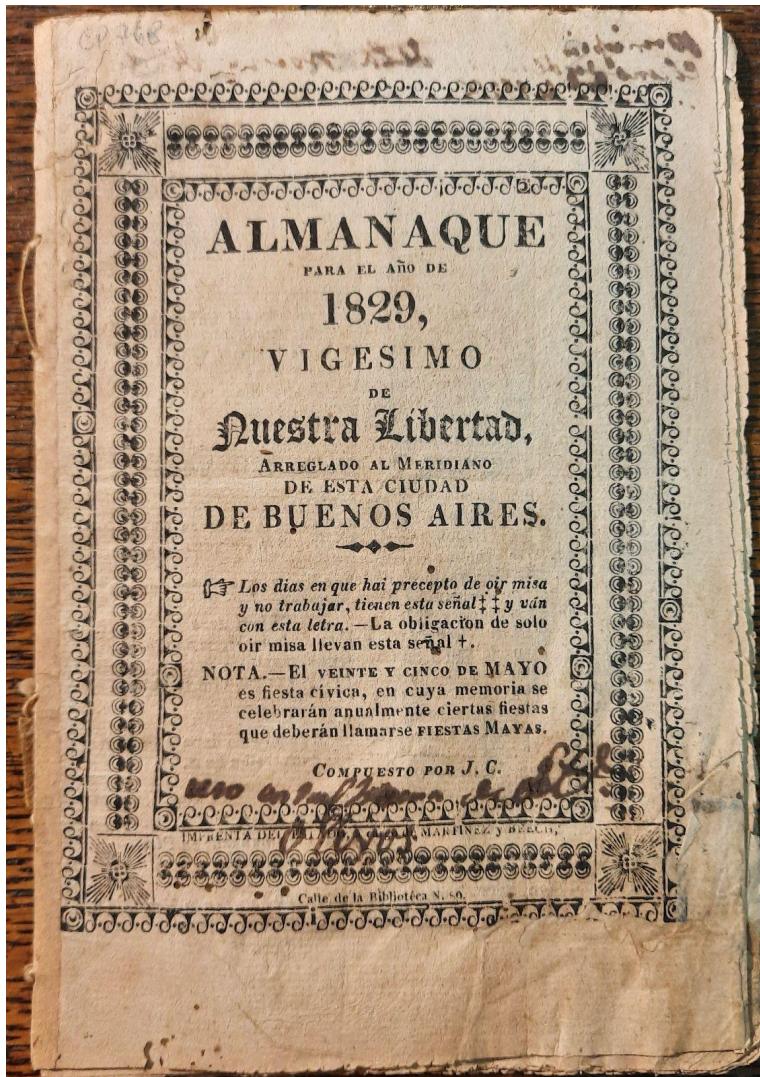


Ilustración 3: Almanaque para el año de 1829, Vigésimo de Nuestra Libertad, arreglado al meridiano de esta ciudad de Buenos Aires.

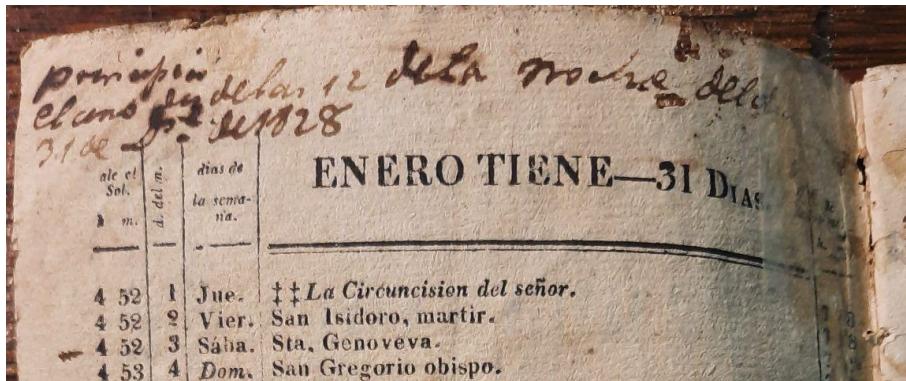


Ilustración 4: Calendario, mes de enero, Almanaque para el año de 1829, Vigésimo de Nuestra Libertad, arreglado al meridiano de esta ciudad de Buenos Aires.

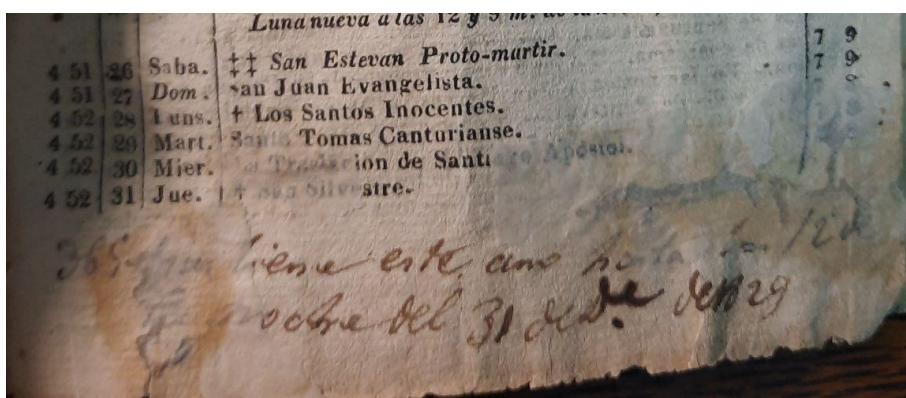


Ilustración 5: Calendario, mes de diciembre, Almanaque para el año de 1829, Vigésimo de Nuestra Libertad, arreglado al meridiano de esta ciudad de Buenos Aires.

EL TIEMPO DE LA ESCRITURA COTIDIANA

Llegados a este punto, algunas aclaraciones teóricas se vuelven necesarias. Hemos venido utilizando dos conceptos clave para la historia de la lectura y para la historia de la escritura que merecen ser especificados: el primero es “apropiación”, no solo en el sentido clásico que considera a la lectura como práctica de apropiación simbólica de un texto (De Certeau 1984; Chartier 1988; Darnton 1996; Lyons 2012), sino también en un sentido concreto, como inscripción del cuerpo de un lector en un soporte material de lectura. El segundo concepto que merece ser comentado es algo más reciente y se trata de la noción de “escritores comunes”, de “escrituras ordinarias” o, también, de las prácticas de escritura de la gente común o con escasa educación literaria (Fabre 1993; Lyons 2016; Plebani 2022).

Podemos partir del concepto de “apropiación”: en el capítulo que introduce la *Historia de la lectura y de la escritura en el mundo occidental*, Martyn Lyons define las prácticas lectoras como procesos creativos: “[L]os lectores no son pasivos ni dóciles; se apropián de los textos, improvisan significados personales y establecen conexiones textuales inesperadas” (2012, p. 22). Inspirado por Roger Chartier, para quien la apropiación es creación (2008, p. 46) y por Michel de Certeau, que piensa el “consumo” como una asimilación que no implica parecerse al objeto consumido, sino asemejarse a uno, apropiándose o reapropiándose de él (1988 [1984], p. 166), el historiador francés se propone, como una meta en su historización de las prácticas de lectura y escritura, “poner en contexto el encuentro

entre el lector y el texto” (*op. cit.*, p. 33). No dar por sentado, entonces, que la interpretación y el uso de los textos por parte de sus lectores reales sea un proceso unívoco con resultados esperables. De vuelta a nuestro objeto, si interrogamos a los almanaques y calendarios de nuestro corpus, las propuestas editoriales que despliegan responden a varios objetivos que hemos ido desarrollando: ordenar el tiempo eclesiástico, civil y natural, ofrecer material de lectura, organizar la ciudad. Ninguno parece haber previsto ni haber esperado convertirse en soporte para la escritura: la única página en blanco disponible suele ser la cara interna de la portada; puede haber, en ocasiones, secciones que terminan a mitad de página y continúan en la siguiente, pero esos casos son raros y se registran con mayor frecuencia en almanaques más tempranos que en los impresos más informativos y extensos de la segunda mitad del siglo XIX.

En nuestro corpus, la sección “Calendario”, de aparición obligada, es donde se registra el mayor número de intervenciones manuscritas y sin embargo es, también, la que deja menos blancos. De la totalidad de almanaques anotados (15), diez tienen marcas y comentarios en la sección calendario: desde cruces y pequeños guiones hasta palabras sueltas —muchas veces ilegibles para quien no comparte el código y las referencias del escritor o la escritora anónima—, recordatorios (“nos casamos”¹⁰),

¹⁰ *Almanaque Instructivo y Pintoresco, para el Año del Señor 1853*. Salas Museo de la Biblioteca de la Universidad Nacional de La Plata, Arm. 3, T. 2, F. 2, nº 33.

dibujos (un cangrejo en el mes del signo cáncer¹¹), firmas¹², nueva información (las ya citadas “Dorrego murió”, “Principia el año ”). Podemos imaginar una escena de escritura más o menos incómoda, si bien los almanaques y calendarios del siglo XIX no estaban encuadrados y eran bastante maleables —y frágiles— (en algunas ocasiones las portadas estaban cubiertas por un papel de guarda, en su mayoría celeste o rojo, de gramaje muy fino), lo cual facilitaba el uso de los márgenes internos, los espacios eran realmente escasos y el deseo de escritura debía triunfar sobre una materialidad que no le daba lugar, desplegándose en sentidos horizontales y verticales y, en ocasiones, debiendo ser abandonada en mitad de la idea (ilustración 6).

11 *Guía de Forasteros y Almanaque de Buenos Ayres para el año de 1837*. Salas Museo de la Biblioteca de la Universidad Nacional de La Plata, Arm. 3, T. 2, F. 2, n° 32.

12 *Guía de Forasteros y Almanaque de Buenos Ayres para el año de 1837*. Salas Museo de la Biblioteca de la Universidad Nacional de La Plata, Arm. 3, T. 2, F. 2, n° 32; *Almanaque de Buenos Aires para el año de 1827*, Museo Histórico Nacional, MHNA00011592.

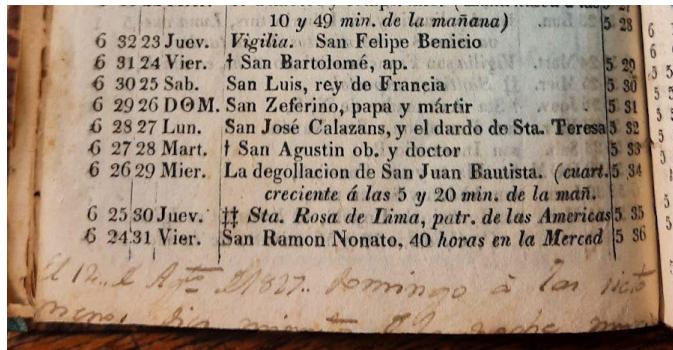


Ilustración 6: Agosto de 1828, "El 12 de Agosto de 1827, domingo a las cinco menos diez [ilegible]". Almanak para el año bisiesto de 1828. Décimo noveno de nuestra libertad.

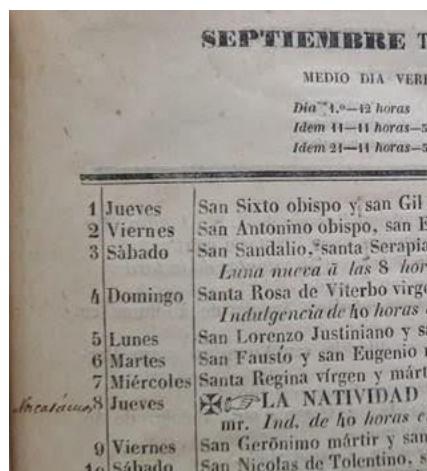


Ilustración 7: Septiembre de 1853, "Nos casamos" en tinta negra. Almanaque Instructivo y Pintoresco, para el Año del Señor 1853.

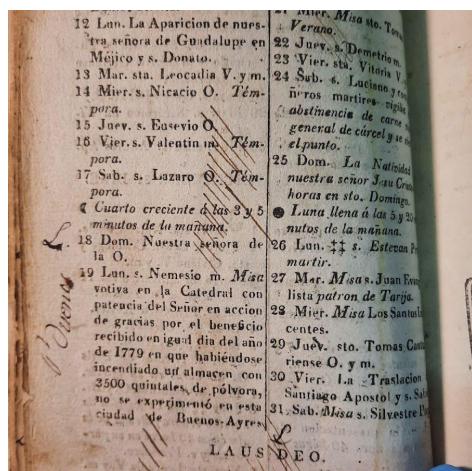


Ilustración 8: Diciembre de 1825, anotaciones varias. Almanak para el año de 1825. 16 de nuestra libertad.

Estas escrituras ordinarias y cotidianas signan un uso muy particular de los almanaques, que en su porosidad permiten el despliegue de una subjetividad, la inscripción de una temporalidad personal, familiar, privada e incluso pueden habilitar ambiciones expresivas y literarias. La definición de “escritores comunes” o de “escrituras cotidianas” es bastante endeble, puede estar emparentada con la posición social de los escritores y las escritoras (como para Martyn Lyons, que se interesa específicamente por la escritura de campesinos, soldados rasos y mujeres de clases populares (2016), con la ausencia de una educación literaria formal, independientemente de las ambiciones literarias de los sujetos y sujetas (Plebani 2022) o, también, con la escritura de géneros considerados “menores”, privados, cotidianos, que incluiría los “egodocumentos”: correspondencia, diarios íntimos, cuadernos de familia o libros de finanzas (Plebani, *op. cit.*). Una de las limitaciones de nuestro objeto está en su anonimidad: salvo raras excepciones, no sabemos quiénes fueron los y las propietarias de estos almanaques. A partir de la observación podemos inclinarnos a pensar que la mayoría de las anotaciones fueron hechas por comentadores con competencias escriturales más o menos plenas: el trazo de la pluma es prolíjo, la letra manuscrita es en su mayoría legible, cuando las anotaciones son más extensas se usa la puntuación y abunda la utilización de apólices, común en la escritura de la época. Estas características, que pueden servirnos para trazar un panorama de posibles actores, son, sin embargo, demasiado vagas como para poder ofrecer respuestas conclusivas acerca de la extracción social de los y las dueñas de los almanaques. La acepción de escritores comunes o de prácticas cotidianas de escritura a las que nos referimos está, entonces, en su mayoría, atravesada por

lo cotidiano: como impresos temporales, parecen ofrecer a sus propietarios/lectores una manera de inscripción en el presente, una excusa para disputar el espacio impreso desde la dimensión manuscrita, de corregir la información, de introducir en el tiempo general los momentos importantes de la vida íntima. Sin embargo, no todas las escrituras son tan cotidianas y menores como “dormí en casa” o “murió Dionisio”: en el Museo Histórico Nacional hay un almanaque donde se despliega lo que Tiziana Plebani llama las “ambiciones expresivas o literarias” de los escritores comunes (*op. cit.*, p. 369).

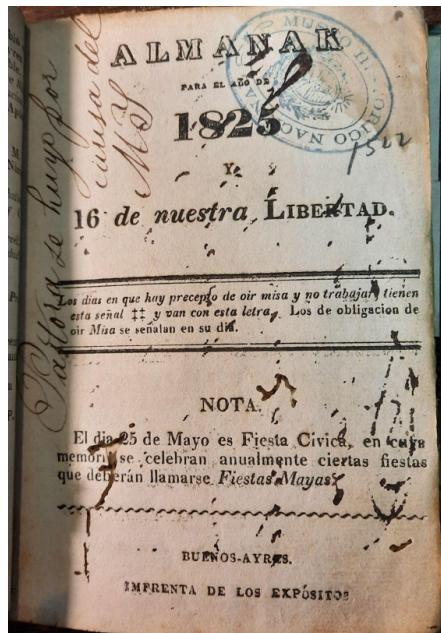


Ilustración 9: Portada del *Almanak para el año de 1825 y 16 de nuestra Libertad*, se lee en sentido vertical en el margen izquierdo: “Pastora se huyo por causa del M. S.”

Es el caso de una mujer llamada Pastora que, en 1825, se apropió de un calendario y le da un uso que el impreso no espera: lo usa de cuaderno de bitácora, escribe algunos versos en el interior de la portada, repite su nombre, ensaya el uso de la pluma, se confiesa. El soporte de esta escritura es el *Almanak para el año de 1825 y 16 de nuestra Libertad*¹³, impreso en Buenos Aires por la Imprenta de los Expósitos, un breve calendario de 16 páginas, casi todas intervenidas por Pastora. En consonancia con la perspectiva adoptada por Martyn Lyons en el análisis de escrituras ordinarias, la atención puesta sobre una escritura en particular no resulta representativa de su clase o género, ni procura “revelar mentalidades colectivas” (2016, 38), pero en los detalles de la escritura cotidiana de una porteña de 1825 sí podemos abordar algunos elementos más generales. En la portada nos deja la primera confesión y un indicio de su nombre: “Pastora se huyo por causa del M. S.”. La esmerada caligrafía cuenta un secreto en la portada, nos habla de una huida, pero esconde tras los velos de las elusivas iniciales—para nosotros, lectores en su bicentenario—, la información más importante. Abrimos el almanaque y en la cara interna de la portada, el único blanco que el calendario ofrece y que Pastora aprovecha, nos deja algunos intentos poéticos. Transcribimos sus versos respetando la ortografía:

Yo nací sin madre
y mi madre me parió ami
y ami madre la parí [ilegible]

13 *Almanak para el año de 1825 y 16 de nuestra Libertad*, Museo Histórico Nacional, MHNA00002748.

Pondrán p.r epitafio.

En mi sepulcro
aqui murió aqui llase
quién amar supo

Porque dios me pusiste
tanto amor dentro de mi seno
si tan amargo veneno
me reservaba el amar.

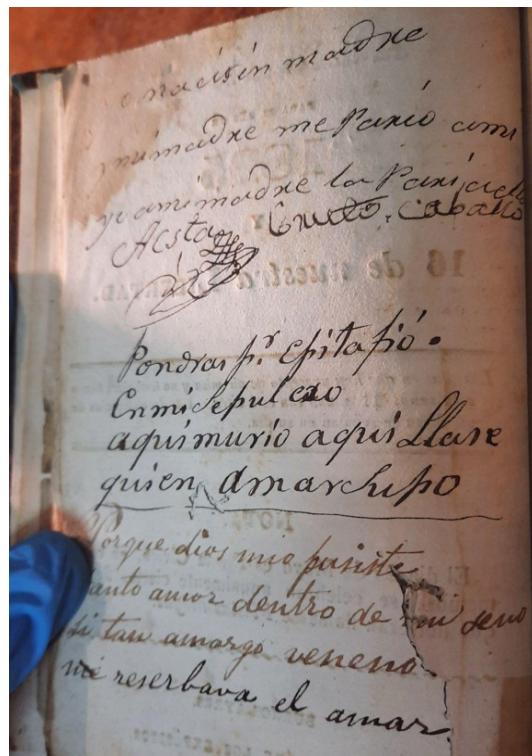


Ilustración 10: Versos manuscritos en la cara interna de la portada del Almanak para el año de 1825 y 16 de nuestra Libertad.

No es nuestra intención valorar la calidad literaria de sus versos, pero no puede escapársenos la existencia de ambiciones expresivas que hablan de un acto creativo, de la expresión de su subjetividad y del empleo de un impresario inesperado para ejercer la escritura de la intimidad. Las inscripciones parecen haberse hecho en distintos momentos, varía la caligrafía (¿quizá también la mano que emplea la pluma?) y la tinta. El primer intento se ve interrumpido y el o la escribiente ensaya su firma y escribe palabras en su mayor parte incomprensibles. La cuarteta del medio parece presentar una caligrafía algo más insegura y temblorosa, mientras que la que le sigue, separada por una raya, parece pertenecer a alguien ágil en el empleo de la pluma; en general la ortografía aparece no normalizada, como era común en tiempos de estandarización gráfica, ortográfica y gramatical en curso. Sería lícito pensar que parte de esos usos pueden corresponderse con la falta de educación formal por parte de la comentadora, pero estas características pueden tener mucho que ver con el uso de la lengua en un período de transición¹⁴.

El almanaque de Pastora nos muestra, entre otras cosas, dos usos del impresario: es guía del tiempo y soporte de su escritura íntima; Pastora inscribe su cotidianidad, pero también construye su voz y su subjetividad. En las

14 A propósito de las características de la escritura de las mujeres a lo largo de la historia, Tiziana Plebani argumenta contra los paleógrafos que han asociado la escritura de las mujeres a grafías torpes e incorrectamente separadas, insistiendo que la apropiación de la escritura por parte de las mujeres irrumpió en el marco de las reglas textuales y resultó en una ampliación de la libertad de expresión (*op. cit.* 21). Si bien suscribimos a su hipótesis de que “escribir bien no era entonces tan importante”, creemos que el análisis textual de la escritura en almanaque puede iluminar zonas de la escritura cotidiana hasta ahora inexploradas en nuestro país.

imágenes 11-12, correspondientes a los meses de julio-agosto, vemos el encuentro de esas dos dimensiones: en el margen interno escribe “Pastora divina” y al lado de cada domingo del mes, como es su costumbre para todos los meses, escribe, alternadas, dos letras: “F” y “L”.

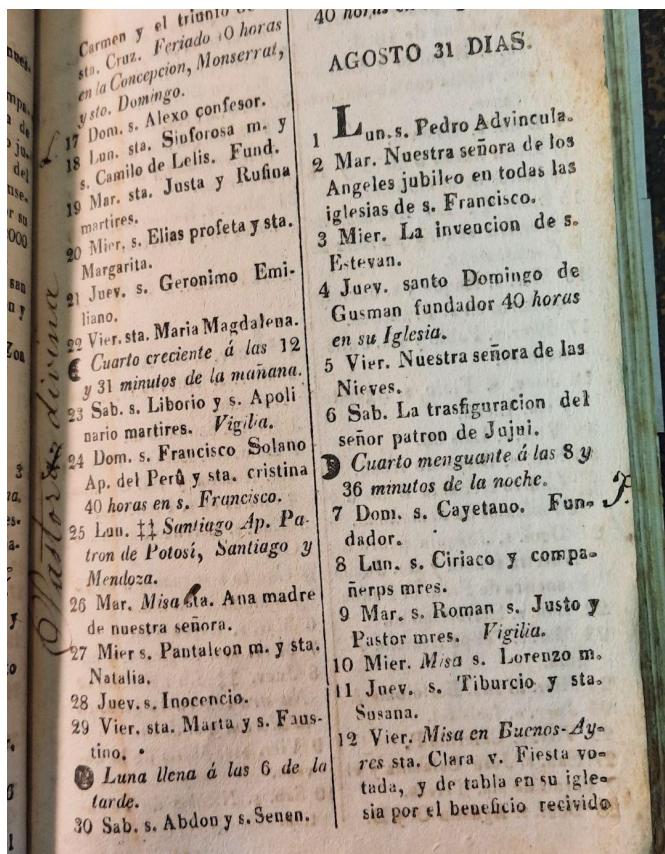


Ilustración 11 “Pastora divina” y anotaciones marginales en la página correspondiente a julio-agosto del Almanak para el año de 1825 y 16 de nuestra Libertad.



Ilustración 12: anotación “Pastora divina” en sentido vertical en el margen interno del calendario para julio/agosto, *Almanak para el año de 1825 y 16 de nuestra Libertad*.

¿Inscripción de su subjetividad y recordatorio periódico de asistencia a misas? ¿algún otro tipo de sociabilidad? La presencia de la “F” y la “L” los domingos se repite de manera similar en otro almanaque¹⁵ conservado en el Museo Histórico Nacional, pero todavía no hemos podido reconstruir su sentido. Lo que estas apropiaciones sí pueden indicarnos es que Pastora dejó, como quizá también otras y otros jóvenes porteños del siglo XIX, huellas de sus prácticas de lectura y escritura cotidianas y todavía estamos a tiempo, al decir de Chartier, de escuchar a las muertas con los ojos. Las guías del tiempo de la modernidad urbana —que trazan las coordenadas temporales del año, que priorizan en sus escuetas páginas los temas que los

¹⁵ *Almanaque de Buenos Aires para el año de 1827*. Museo Histórico Nacional, MHNA00011592.

lectores y las lectoras urbanas deben conocer y comprender—dejan entrar, casi sin querer, una temporalidad manuscrita que se inscribe sobre la tipografía de molde y actualiza, la generalidad de lo impreso.

A MODO DE CIERRE

Los impresos periódicos, como sabemos, conquistaron y moldearon el siglo XIX. Periódicos y semanarios participaron de la conformación de la opinión pública, en la expansión de la cultura impresa, en la construcción de identidades colectivas y de la creación de una literatura nacional (Alonso 2003; Goldgel 2013; Pas 2010; Roman 2017). A veces de corta vida, a veces extendidos en el tiempo, ilustrados o populares, con apuestas visuales novedosas o replicando la estructura libresca, hace ya muchos años que los impresos periódicos del siglo XIX están en el eje de los estudios históricos, literarios y culturales. Esas aproximaciones han abierto la puerta al estudio de otro tipo de papeles que pueden hablarnos, también, de los avatares de la cultura impresa rioplatense: en este trabajo hemos intentado centrarnos en uno de ellos. Almanaque y calendarios se nos presentan como impresos menores que conjugan en sus páginas la paradoja de lo efímero y lo duradero: ponen en evidencia el paso del tiempo, mientras fijan la subjetividad íntima y familiar en una temporalidad que, como nos muestra la prensa, se vuelve cada vez más compartida. La presencia de huellas y marcas de los lectores nos habla de usos inesperados, de prácticas cotidianas de lectura y escritura, y del rol que los impresos menores pueden haber tenido para la

expansión de la escritura y la lectura entre sectores medios urbanos. Creemos que los almanaques tienen aún mucho por decirnos, no solo por su contenido, sino especialmente por la porosidad de su superficie textual: registraron de primera mano la entrada en la modernidad, de las sociedades latinoamericanas, esquematizaron sus ciudades y relaciones comerciales y, además, fueron punto de convergencia donde lo tradicional y moderno, lo perenne y lo transitorio, lo impreso y lo manuscrito, se encontraron.

CORPUS

Almanak y calendario general, diario de quartos de luna, segun el meridiano de Buenos-Ayres: para el año del Señor de 1783. Buenos Aires, Imprenta de los Niños Expósitos.

Almanak patriótico de Buenos-Ayres para el año bisiesto de (MDCCXX) Undécimo de nuestra libertad. Buenos Aires, Imprenta de la Independencia.

Almanak Patrio de la Provincia de Buenos Aires para el año 1821. Buenos Aires, Imprenta de los Expósitos.

Almanak para el año de 1823. XIV de nuestra Independencia. Buenos Aires, Imprenta de Álvarez.

Almanak para el año de 1825. 16 de nuestra libertad. Buenos Aires, Imprenta de los Expósitos.

Almanak Curioso de Buenos-Ayres año de 1826. Buenos Aires, Imprenta del Estado.

Almanaque de Buenos Aires para el año de 1827. Buenos Aires, Imprenta de Jones y Ca.

Almanak para el año bisiesto de 1828. Décimo noveno de nuestra libertad. Buenos Aires, Imprenta Argentina.

Almanaque de Buenos-Ayres para el año bisiesto 1828 de nuestra libertad 19. Buenos Aires, Imprenta de Jones y Ca.

Almanaque para el año de 1829, Vigésimo de Nuestra Libertad, arreglado al meridiano de esta ciudad de Buenos Aires. Buenos Aires, Imprenta del Estado.

Almanaque de comercio de la ciudad de Buenos Aires, para el año de 1830. Buenos Aires, Imprenta Argentina.

Almanaque, Efemérides Astronómicas y Guia de Forasteros de Buenos Ayres para el año de 1832 (Siendo Bisiesto). Buenos Aires, Imprenta de Hallet y Cía.

Calendario para el año bisiesto de 1832. Vigésimo segundo de nuestra libertad. Buenos Aires, Imprenta de la Independencia.

Guia de la Ciudad y Almanaque de Comercio de Buenos Aires (1833). Buenos Aires, Imprenta de la Independencia.

Guia de la Ciudad y Almanaque de Comercio de Buenos Aires para el año de 1834. Buenos Aires, Imprenta de la Independencia.

Guía de Forasteros y Almanaque de Buenos Ayres para el año de 1837. Buenos Aires, Imprenta de la Gaceta Mercantil.

Almanaque para el año del señor 1841. Buenos Aires, Imprenta Argentina.

Almanaque Federal, Para el Año de 1850. Buenos Aires, sin información editorial.

Almanaque Instructivo y Pintoresco, para el Año del Señor 1853. Buenos Aires, Imprenta “9 de Julio”.

Calendario para el año de 1853. Buenos Aires, Imprenta “Constitución”.

Almanaque Nacional [de la] Confederación Argentina para los años de 1855 y 1856. Primera y segunda parte. Imprenta del Uruguay.

Almanaque Nacional para 1869. Buenos Aires, Imprenta del Siglo.

Almanaque agrícola, industrial y literario de la República Argentina y de Buenos Aires (1863). Buenos Aires, P. Morta.

Almanaque Nacional para 1871. Buenos Aires, Imprenta del Siglo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alonso, Paula (comp.). *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920.* Buenos Aires: FCE, 2003.

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo.* México: FCE, 1993.

Batticuore, Graciela. *La mujer romántica: lectoras, autoras y escritores en la Argentina, 1830-1870.* Buenos Aires: Sudamericana, 2022.

Botrel, Jean-François. “Para una bibliografía de los almanaques y calendarios”. In: *Elucidario*, 1, 2006, p. 35-46.

- Brandes, Helga. "Vom Kalender zum Taschenbuch und Almanach: Lektüre für das Frauenzimmer im 18. Jahrhundert". In: York-Gothart Mix (ed.). *Der Kalender als Fibel des Alltagswissens*. Tübingen: Max Niemeyer Verlag Tübingen, 2005, p. 57-68.
- Chartier, Roger. "Cultura popular": retorno a un concepto historiográfico". In: *Manuscrits*, 12, 1994 [1988], p. 43-62.
- Chartier, Roger. "Escuchar a los muertos con los ojos". In: *Escuchar a los muertos con los ojos. Lección inaugural en el Collège de France*. Buenos Aires: Katz, p. 7-53.
- Cuéllar Wills, Lina. "Territorios en papel: las guías de forasteros en Hispanoamérica (1760-1897)". In: *Fronteras de la historia*, v. 19, n. 2, 2014, p. 176-201.
- Darnton, Robert. "Historia de la lectura". In: Burke, Peter. (ed.). *Formas de hacer historia*. España: Alianza Universidad, p. 177-208.
- de Certeau, Michel. *The Practice of Everyday Life*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press, 1988 [1984].
- Fabre, Daniel. *Écritures ordinaires*. Paris: POL/Centre Georges Pompidou, 1993.
- Furlong, Guillermo: *La imprenta en Buenos Aires 1780-1784*. Tomo I, *Historia y bibliografía de las primeras imprentas rioplatenses 1700-1850*. Buenos Aires: Editorial Guarania, 1953.
- Ginzburg, Carlo. *El queso y los gusanos: el cosmos según un molinero del siglo XVI*. Buenos Aires: Ariel, 2016 [1976].
- Godinas, Laurette et al. "Almanaque". In: *Bibliographica*, v. 7, n. 1, p. 10-16.
- Goldgel, Víctor. *Cuando lo nuevo conquistó América. Prensa, moda y literatura en el siglo XIX*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2013.
- Greilich, Susanne. ",Un livre périodique pour la classe des gens qui lisent peu: Strukturen, Wandlungen und intertextuelle Bezüge französischsprachiger Volksalmanache des 18. und 19. Jahrhunderts". In: York-Gothart Mix (ed.). *Der Kalender als Fibel des Alltagswissens*. Tübingen: Max Niemeyer Verlag, 2005, p. 17-26.

- Kalifa, Dominique et al. *La civilisation du jornal. Histoire culturelle et littéraire de la presse française au XIX siècle*. París: Nouveau Monde, 2011.
- Lyons, Martyn. *Historia de la lectura y de la escritura en el mundo occidental*. Buenos Aires: Editoras del Calderón, 2012.
- Lyons, Martyn. *La cultura escrita de la gente común en Europa, c. 1860-1920*. Buenos Aires: Ampersand, 2016.
- Meise, Helga. “Die, Schreibfunktion‘ der frühneuzeitlichen Kalender: Ein vernachlässigter Aspekt der Kalenderliteratur”. In: York-Gothart Mix (ed.). *Der Kalender als Fibel des Alltagswissens*. Tübingen: Max Niemeyer Verlag Tübingen, 2005, p. 1-16.
- Meyer, Marlyse (comp.). *Do Almanak aos Almanaques*. San Pablo: Ateliê Editorial, 2001.
- Pas, Hernán. *Literatura, prensa periódica y público lector en los procesos de nacionalización de la cultura en Argentina y en Chile (1828-1863)*. Tesis de posgrado, Universidad Nacional de La Plata, FaHCE, 2010.
- Pas, Hernán. “Prensa periódica y cultura popular en el Río de la Plata durante el siglo XIX”. In: *Perífrasis. Rev. Lit. Teor. Crit.*, v. 9, n. 18, 2018, p. 11-29.
- Pastormerlo, Sergio. “Para una historia de los almanaques del siglo XIX (Río de la Plata, 1819-1900)”. In: *Bibliographica*, v. 7, n. 1, 2024, p. 206-230.
- Plebani, Tiziana. *El canon ignorado. La escritura de las mujeres en Europa (s. XIII-XX)*. Buenos Aires: Ampersand, 2022.
- Poblete, Juan. “Nuevos lectores y nuevos discursos”. In: *Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 2003, p. 97-141.
- Roman, Claudia. *Prensa, política y cultura visual. El Mosquito (1863-1893)*. Buenos Aires: Ampersand, 2017.

Romano, Eduardo. *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*. Buenos Aires: Catálogos, 2004.

Szir, Sandra. “Tradiciones y cambios en las “guías del tiempo”. Almanaques y calendarios ilustrados en Buenos Aires en el siglo XIX”. In: Gené, Marcela y Szir, Sandra (comp.) *A vuelta de página. Usos del impresario ilustrado en Buenos Aires, siglos XIX y XX*. Buenos Aires: Edhasa, 2018, p. 51-75.